

" El Rebelde, Madrid, 9 diciembre 1923



COMENTARIOS

CASA Y CASINO

Hablaban del régimen íntimo a que puede verse sometida, más pronto o más tarde, nuestra España. No de lo que ahora se llama régimen, ¡no! No de eso a que se le llama el nuevo régimen, y que tampoco es lo que antes se llamaba así, pues en la pluma de Pi y Margall, por ejemplo, nuevo régimen quería decir otra cosa. El régimen íntimo es algo así como lo que Cánovas del Castillo llamó Constitución interna, para distinguirla de la otra, de la Constitución oficial y externa.

Hablaban del régimen íntimo a que puede ir a parar nuestro pueblo. Unos veían un peligro en que España se convirtiese en una gran sacristía, no en un templo; en una sala fría y triste de reunión de cofradías. Otros temían que se convirtiese en un aula, no en un salón de libres discusiones. Otros recelaban que venga a convertirse, no en un vasto campo de batalla—de batalla civil—, sino en un cuartel, entregados los españoles a servicios mecánicos y a exterioridades de ordenanza. Cada cual exponía su punto de vista.

Entonces el hombre tomó la palabra y dijo: «Yo no sé, amigos míos, en cuál de esos regímenes íntimos que habéis señalado iremos a caer—porque todos ellos son caída—o si en algún otro. Pero si os digo que hay algo peor, mucho peor que el régimen de sacristía, de cuartel o de aula, y es el régimen de casino. Y así como ni la sacristía es templo, ni el cuartel campo de batalla, ni el aula es academia ni ateneo, así tampoco el casino es ágora o foro de libres debates populares. El héroe del ágora llegó a ser en Atenas Cleón, el demagogo; pero fué mucho peor, mucho más fatal para su patria, aquel Alcibiades, prototipo del señorito casinero, del héroe de peña. De peña de señoritos y de señoritos de peña. Y tendría para mí que Alcibiades es el precursor pagano de nuestro Don Juan Tenorio, si no fuese porque ésta, la de Don Juan, es una figura de origen específicamente cristiano».

El hombre hablaba como un libro;

como un libro vivo que se ha tardado siglos en escribirlo. El hombre sabía que en España hay, junto a la concepción casera, doméstica, familiar de la vida y de la Historia, una concepción casinera que no es civil, que no es popular; el hombre sabía que los españoles suelen pasar de la casa al casino, y sabía lo que el terrible casino significa en nuestra menguada vida pública.

Y no se crea que el hombre era lo que se llama así en el juego del tresillo, el que dice «¡juego!», señala palo y se compromete a hacer más bazas que cualquiera de los otros. De donde en francés se le llama al tresillo *jeu de l'homme*, juego del hombre, habiendo tomado nuestra palabra *hombre*, así como han tomado otras, entre ellas *sísta*, *junta*, *guerrilla*, *camarilla*, *pronunciamento*, etc., etc. No; nuestro hombre no era el que dice «¡juego!» y señala palo; no era tresillista y casinero, y menos señorito; nuestro hombre era un hombre de dolor a quien podía aplicarse lo que dijo el Fausto de Lenau: «El amor de la verdad es mi dolor».

Tenía razón el hombre. Lo terrible sería que la enorme muchedumbre, que el rebaño de los hombres de su casa, caseiros, resignados, neutrales, dormidos, se viera llevado por los hombres de casino, por los de «¡juego!» y ¡pasol!, por los que creen que la justicia se resuelve con votación por bolas negras y blancas y tienen un honor de lance. El honor de lance es, ¡claro!, el de los lances de honor.

Nuestro hombre tenía razón. Ni a la sacristía, ni al aula, ni al cuartel hay que temerles mucho, porque de ellos se pasa al templo, al campo de batalla, a la academia o ateneo; a lo que hay que temerle es al casino, vivero de frivolidad y de vanidad y de peliulería; al casino con su justicia de bolas blancas y negras y su honor de lance. El enemigo de la vida civil en España es el casino, es la peña. Y si hace falta un ismo para caracterizar su producto inespíritual, ese producto es el señoritismo.

Piensen bien los que tratan de constituirse en minoría selecta—autoselecta o «seselecta»—si el peligro no está en el casino, si no en el terrible escollo de la ineducación casinera el que tenemos que bordear.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA